

Las 11 tesis sobre Venezuela y una conclusión escarmentada

Por Juan Carlos Monedero (*)



FOTOPUBLICAS.COM



Y se empeñaba en repetir lo mismo: "Esto no es como en una guerra... En una batalla tienes el enemigo delante... Aquí, el peligro no tiene rostro ni horario". Se negaba a tomar somníferos o calmantes: "No quiero que me agarren dormido o amodorrado. Si vienen por mí, me defenderé, gritaré, tiraré los muebles por la ventana... Armaré un escándalo..."

Alejo Carpentier, La consagración de la primavera

1. Es indudable que Nicolás Maduro no es Allende. Tampoco es Chávez. Pero los que dieron el golpe contra Allende y contra Chávez son, y eso también es indudable, los mismos que ahora están buscando un golpe en Venezuela.

2. Los enemigos de tus enemigos no son tus amigos. Puede no gustarte Maduro sin que eso implique olvidar que ningún demócrata puede ponerse al lado de los golpistas que inventaron los escuadrones de la muerte, los vuelos de la muerte, el paramilitarismo, el asesinato de la cultura, la operación Cóndor, las masacres de campesinos e indígenas, el robo de los recursos

públicos. Es comprensible que haya gente que no quiera ponerse del lado de Maduro, pero conviene pensar que en el lado que apoya a los golpistas están, en Europa, los políticos corruptos, los periodistas mercenarios, los nostálgicos del franquismo, los empresarios sin escrúpulos, los vendedores de armas, los que defienden los ajustes económicos, los que celebran el neoliberalismo. No todos los que critican a Maduro defienden esas posiciones políticas. Conozco gente honesta que no soporta lo que está pasando ahora mismo en Venezuela. Pero es evidente que del lado de los que están buscando un golpe militar en ese país están los que siempre apoyaron los golpes militares en América Latina o los que priman sus negocios por encima del respeto a la democracia. Los medios de comunicación que están preparando la guerra civil en Venezuela son los mismos conglomerados mediáticos que vendieron que en Irak había armas de destrucción masiva, que nos venden que hay que rescatar a los bancos con dinero público o que defienden que la orgía de los millonarios y los corruptos hay que pagarla entre todos con recortes

y privatizaciones. Saber que se comparte trinchera con semejante gente debiera llamar a la reflexión. La violencia siempre debe ser la línea roja que no debe traspasarse. No tiene sentido que el odio a Maduro ponga a nadie decente al lado de los enemigos de los pueblos.

3. Maduro heredó un papel muy difícil -gestionar Venezuela en un momento de caída de los precios del petróleo y de regreso de Estados Unidos a Latinoamérica después de la terrible aventura en Oriente Medio- y una misión imposible -sustituir a Chávez-. La muerte de Chávez privó a Venezuela y a América Latina de un líder capaz de poner en marcha políticas que han sacado de la pobreza a 70 millones de personas en el continente. Chávez entendió que la democracia en un solo país era imposible y puso sus recursos, en un momento de bonanza gracias a la recuperación de la OPEP, para que se iniciara la etapa más luminosa de las últimas décadas en el continente: Lula en Brasil, Correa en Ecuador, Morales en Bolivia, Kirchner en Argentina, Lugo en Paraguay, Mujica en Uruguay, Funes en El Salvador, Petro en Bogotá e incluso Bachelet en Chile referenciaban

esa nueva etapa. La educación y la salud llegaron a los sectores populares, se completó la alfabetización, se construyeron viviendas públicas, nuevas infraestructuras, transportes públicos (después de la privatización de los mismos o la venta y cierre de los trenes), se frenó la dependencia del FMI, se debilitó el lazo con los Estados Unidos creándose la UNASUR y la CELAC. También hay sombras, principalmente vinculadas a la debilidad estatal y a la corrupción. Pero haría falta un siglo para que los casos de corrupción en los gobiernos progresistas de América Latina sumen, por citar sólo un asunto, el coste de la corrupción que significa el rescate bancario. La propaganda de los dueños de la propaganda terminan logrando que el oprimido ame al opresor. Nunca desde la demonización de Fidel Castro fue ningún líder latinoamericano tan vilipendiado como Chávez. Para repartir entre los pobres, hubo que decirle a los ricos, de América y también de Europa, que tenían que ganar un poco menos. Nunca lo toleraron, lo que puede entenderse, especialmente en España, donde, en mitad de la crisis, responsables económicos y políticos del Partido Popular robaban a manos llenas al tiempo que decían a la gente que tenía que apretarse el cinturón ¿Iba Chávez ese "gorila" a frenarles sus negocios? Desde que ganó las primeras elecciones en 1998, Chávez tuvo que enfrentarse a numerosos intentos de derribarlo. Por supuesto, con la inestimable ayuda de la derecha española, primero con Aznar, luego con Rajoy, y la ya conocida participación de Felipe González como lobbista de grandes capitales. (Es curioso que el mismo Aznar que hizo negocios con Venezuela y con Libia luego se convirtió en ejecutor cuando se lo ordenaron. Gadaffi incluso le regaló a Aznar un caballo. Pablo Casado fue el asistente de Aznar en esa operación. Luego, cosas de la derecha, celebraron su asesinato).

4. Chávez no legó a Maduro los equilibrios nacionales y regionales que construyó, que eran políticos, económicos y territoriales. Eran una construcción personal en un país que salía de tasas de pobreza del 60% de la población cuando llegó Chávez al gobierno. Hay cambios que necesitan una generación. Ahí es donde la oposición pretende estrangular a Maduro, con problemas mal resueltos como las importaciones, los dólares preferenciales o las dificultades para frenar la corrupción que desembocan en desabastecimiento. Sin embargo, Maduro supo reeditar el acuerdo "cívico-militar" que tanto molesta a los amigos del golpismo. Algo evidente, pues Estados Unidos siempre ha dado los golpes buscando apoyos en militares autóctonos mercenarios o desertores. El ejército en América Latina solo se entiende en relación con Estados Unidos. Les han formado, sea en tácticas de tortura o en "lucha contrainsurgente", sea en el uso de las armas que les venden o en el respeto debido a los intereses norteamericanos. En Venezuela, los mismos que formaron a los asesinos de la Escuela Mecánica de la Armada argentina o que sostuvieron al asesino Pinochet lo tienen complicado (el asalto por parte de mercenarios vestidos de militares a un cuartel en Carabobo buscaba construir la sensación de fisuras en el ejército, algo que a día de hoy no parece que exista). Igual que ha comprado militares, Estados Unidos siempre ha comprado jueces, periodistas, profesores, diputados, senadores, presidentes, sicarios y a quien hiciera falta para mantener a América como su "patio trasero". El cartel mediático internacional siempre le ha cubierto las espaldas. Es la existencia de Estados Unidos como imperio lo que ha construido el ejército venezolano. Los nuevos oficiales se han formado en el discurso democrático soberano y antiimperialista. Son mayoría. Hay también



Los mismos que han llevado la destrucción a Siria, a Irak o a Libia para robarles el petróleo, quieren hacer lo mismo en Venezuela.

una oficialidad -la mayoría ya jubilándose- que se formó en la vieja escuela y sus razones para defender la Constitución venezolana serán más particulares. Las deficiencias del Estado venezolano afectan también al ejército, aún más en zonas problemáticas como las fronteras. Pero los cuarteles en Venezuela están con el Presidente constitucional. Y por eso es aún más patético escuchar al demócrata Felipe González pedir a los militares venezolanos que den un golpe contra el gobierno de Nicolás Maduro.

5. A esas dificultades de heredar los equilibrios estatales y los acuerdos en la región (la amistad de Chávez con los Kirchner, con Lula, con Evo, con Correa, con Lugo), hay que añadir que la pugna de Arabia Saudí con el fracking y con Rusia, hundió los precios del petróleo, principal riqueza de Venezuela. Esta inesperada caída del precio del petróleo colocó al gobierno de Maduro en una situación complicada (es el problema de los "monocultivos". Basta para entenderlo pensar qué ocurriría en España si se hundiera un 80% el turismo por causas ajenas a ningún gobierno. ¿Sacaría Rajoy siete u ocho millones de votos en una situación así?). Maduro ha tenido que reconstruir los equilibrios de poder en un momento de crisis económica brutal.

6. La oposición en Venezuela lleva intentando dar un golpe de Estado desde el mismo día

que ganó Chávez. Venezuela fue el mascarón de proa del cambio continental. Acabar con Venezuela es abrir la espita para que ocurra lo mismo en los sitios donde aún no ha regresado el neoliberalismo. A las oligarquías les molestan los símbolos que debilitan sus puntos de vista. Pasó con la II República en 1936, pasó en Chile con Allende en 1973. Acabar con la Venezuela chavista es regresar a la hegemonía neoliberal e, incluso, a las tentaciones dictatoriales de los años setenta.

7. Venezuela tiene además las reservas de petróleo más grandes del mundo, agua, biodiversidad, el Amazonas, oro, coltán -quizá la reserva más grande del mundo de coltán-. Los mismos que han llevado la destrucción a Siria, a Irak o a Libia para robarles el petróleo, quieren hacer lo mismo en Venezuela. Necesitan ganarse previamente a la opinión pública para que el robo no sea tan evidente. Necesitan reproducir en Venezuela la misma estrategia que construyeron cuando hablaban de armas de destrucción masiva en Irak. ¿O no se creyó mucha gente honesta que había armas de destrucción masiva en Irak? Hoy, aquel país antaño próspero es una ruina. Quien se creyó aquellas mentiras del PP, que mire cómo está hoy Mosul. Enhorabuena a los ingenuos. Las mentiras siguen todos los días. La oposición puso una bomba al paso de policías en Caracas y todos los medios impresos publicaron la foto como si la responsabilidad fuera de Maduro. Un helicóptero robado lanzó granadas contra el Tribunal Supremo y los medios lo silencian. Son actos terroristas. De esos que abren portadas y los telediarios. Salvo cuando suceden en Venezuela. Un referéndum ilegal en Venezuela "presiona al régimen hasta el límite". Un referéndum ilegal en Catalunya es un acto cercano al delito de sedición.

8. El cartel mediático internacional ha encontrado un filón. Se trata de una reedición del miedo ante la Rusia comunista, la Cuba dictatorial o el terrorismo internacional (nunca dirán que el ISIS es una construcción occidental financiada con capital norteamericano



FOTOPUBLICAS.COM

principalmente). Venezuela se ha convertido en el nuevo demonio. Así se les permite acusar de "chavistas" a los adversarios y les evita hablar de la corrupción, del vaciamiento de las pensiones, de la privatización de los hospitales, las escuelas y las universidades o de los rescates bancarios. Mélenchon, Corbyn, Sanders, Podemos o cualquier fuerza de cambio en América Latina son descalificados con la acusación de chavistas, ahora que acusar de comunistas o de etarras tiene poco recorrido. El periodismo mercenario lleva años con esa estrategia. Nadie nunca ha explicado qué política genuinamente bolivariana va en los programas de los partidos de cambio. Pero da lo mismo. Lo importante es difamar. Y gente de buena voluntad termina creyendo que hay armas de destrucción masiva o que Venezuela es una dictadura donde, curiosamente, todos los días la oposición se manifiesta (incluso atacando instalaciones militares), donde los medios critican libremente a Maduro (no como en Arabia Saudí, Marruecos o Estados Unidos) o donde la oposición gobierna en alcaldías y regiones. Es la misma táctica que construyó durante la guerra fría el "peligro comunista". Por eso en España, con Venezuela, tenemos una nueva Comunidad Autónoma de la que solamente falta que nos digan al final de los telediario el tiempo que va a hacer en Caracas ese día. De cada cien veces que se dice "Venezuela", noventa y cinco sólo buscan distraer, ocultar o mentir.

9. Venezuela tiene un problema histórico que no ha resuelto. Al carecer de minas durante la colonia, no fue un Virreinato, sino una simple capitanía general. El siglo XIX fue una guerra civil permanente, y en el siglo XX, cuando se empezó a construir el Estado, ya tenían petróleo. El Estado venezolano siempre ha sido rentista, carente de eficacia, agujereado por la corrupción y rehén de las necesidades económicas de los Estados Unidos acordadas con las oligarquías locales. El choque entre la Asamblea y la jefatura del Estado actual debiera haberse zanjado jurídicamente. Señales de la ineficiencia

vienen siendo evidentes desde hace tiempo. El rentismo venezolano no se ha superado. Venezuela redistribuyó la renta del petróleo entre los más humildes, pero no ha superado esa cultura política rentista ni ha mejorado el funcionamiento de su estado. Pero no nos engañemos. Brasil tiene una estructura jurídica más consolidada y el Parlamento y algunos jueces han dado un golpe de Estado contra Dilma Rousseff. Donald Trump puede cambiar a la Fiscal General y no pasa nada, pero si lo hace Maduro, Jefe del Estado igualmente elegido en unas elecciones, se le acusa de dictador. Una parte de las críticas a Maduro son tramposas porque olvidan que Venezuela es un sistema presidencialista. Es por eso que la Constitución permite al Presidente convocar una Asamblea Constituyente. Gustará más o menos, pero el artículo 348 de la Constitución vigente de Venezuela faculta al Presidente en esa tarea, igual que en España el Presidente del Gobierno puede disolver el Parlamento.

10. Zapatero y otros ex Presidentes, el Papa, Naciones Unidas vienen pidiendo a ambas partes en Venezuela que dialoguen. La oposición reunió en torno a siete millones de votos (si bien es más complicado que puedan llegar a ese acuerdo en torno a un candidato o candidata a la Presidencia del país). Maduro, en un contexto regional muy complicado, con fuertes estrecheces económicas que afectan a la compra de insumos básicos, incluidas medicinas, ha juntado ocho millones de votos (aunque sean siete, según las declaraciones tan sospechosas del Presidente de Smarmatic, que acaba de firmar un contrato millonario en Colombia). Venezuela está claramente dividida. La oposición, como otras veces, ha optado por la violencia y luego no entiende que Maduro sume tantos millones de apoyos. Si en España un grupo quemase centros de salud, quemase escuelas, disparara contra el Tribunal Supremo, asaltara cuarteles, contratara a marginales para sembrar el terror, impidiese con formas de lucha callejera el tránsito e, incluso, quemase vivas a personas por pensar diferente ¿alguien se extrañaría que la ciudadanía votase en la dirección contraria a esos locos?

11. Fracasada la vía violenta, a la oposición venezolana le quedan dos posibilidades: seguir con la vía insurreccional, alentada por el Partido Popular, Donald Trump y la extrema derecha internacional, o intentar ganar en las urnas. Estados Unidos sigue presionando (en declaraciones a un semanario uruguayo, el Presidente Tabaré dijo que votó para expulsar ilegalmente a Venezuela del Mercosur por miedo a las represalias de los países grandes). 57 países de Naciones Unidas han exigido que se respete la soberanía de Venezuela. Como Estados Unidos no logra mayoría para forzar a Venezuela, insiste en inventar espacios (como la Declaración de Lima, sin ninguna fuerza jurídica porque no han conseguido mayoría en la OEA). La derecha mundial quiere acabar con Venezuela, aunque eso le cueste sangre y fuego a la población venezolana. Por eso algunos opositores, como Henry Ramos-Allup, han llamado al fin de la violencia. Venezuela tiene en el horizonte elecciones municipales y regionales. Es el escenario donde la oposición debiera demostrar esa mayoría que reclaman. Venezuela tiene que convocar esas elecciones y es una oportunidad excelente para medir electoralmente las fuerzas. Porque, de lo contrario, el choque que estamos viendo se enquistará y se convertirá en una gangrena terrible. ¿A quién le interesa una guerra civil en Venezuela? No nos engañemos. Ni al PP ni a Trump le interesan los derechos humanos. Si así fuera romperían con Arabia Saudí, que va a decapitar a quince jóvenes por manifestarse

durante la Primavera Árabe, o dan latigazos a las mujeres que conducen; o con Colombia, donde van 150 asesinados por los paramilitares en los últimos meses; o en México, donde se asesina cada mes a algún periodista y aparecen fosas comunes con decenas de cadáveres. Penas de 75 años están pidiendo en Estados Unidos contra manifestantes contra las políticas de Trump. Venezuela se ha convertido en España en la 18 Comunidad Autónoma sólo porque el Presidente Rajoy ha tenido que comparecer como testigo por la corrupción en su partido. Es más airoso hablar de Venezuela que de la corrupción de los 800 cargos del PP imputados. Hay ingenuos que les creen. ¿Qué dirán ahora que el grueso de la oposición ha aceptado participar en las elecciones regionales? El pacto entre el PSOE y Podemos en Castilla-La Mancha ha sido presentado por la derecha manchega como el comienzo de la venezonalización de España. Cuánta caradura y cuánta estupidez. Hay gente que les cree. Mientras, el PP guarda silencio ante, por ejemplo, las persecuciones que la dictadura monárquica marroquí hace en España de los disidentes políticos, o encarcela por orden del dictador Erdogan a un periodista crítico con la dictadura turca. ¿Nos va a decir alguien que a estos gobiernos les interesan los derechos humanos?

Conclusión: no hace falta comulgar, ni mucho menos, con Maduro y su manera de hacer las cosas, para no aceptar el golpe de estado que se quiere construir en Venezuela. Estamos hablando de no volver a cometer los

La oposición, como otras veces, ha optado por la violencia y luego no entiende que Maduro sume tantos millones de apoyos.

misimos errores creyendonos las mentiras que construyen los medios. Venezuela tiene que solventar sus problemas dialogando. Y es evidente que tiene problemas. Pero dos mitades enfrentadas no van a ningún lado monologando. Aunque a una parte le apoyen los países más poderosos del ámbito neoliberal. Ni el PP ni la derecha quieren diálogo. Quieren que Maduro se entregue. ¿Y cree alguien que los ocho millones de votantes de la Asamblea Constituyente se iban a quedar de brazos cruzados? El nuevo gobierno les reprimiría e, incluso, les asesinaría. Los medios dirían que la democracia venezolana se estaría defendiendo de los enemigos de la democracia. Y volvería a haber gente ingenua que les creería. Desde el resto del mundo, en nombre de la democracia, bastan dos cosas: exigir y alentar el diálogo en Venezuela, y entender que sería bueno no permitir ni al PP ni a las derechas internacionales, empezando por Donald Trump, reeditar una de sus miserias más horribles que consiste en sembrar dolor en otros sitios para ocultar el dolor que construyen en nuestros propios países. ♦

* Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología en la Universidad Complutense de Madrid, España. Exsecretario de Proceso Constituyente y Programa de Podemos.

¿Adónde va Venezuela?

Por Pedro Brieger, director de NODAL



El 3 de diciembre de 1998 llegué por primera vez a Caracas para presenciar el triunfo electoral de un casi desconocido Hugo Chávez que apareció como un huracán que se llevaba puesto una agonizante Cuarta República construida por los dos partidos políticos más importantes que les permitía el reparto del poder. Los socialdemócratas de Acción Democrática (los llamados "adecos") y los socialcristianos de COPEI (los copeyanos) no sólo se repartieron el poder político, sino también las gigantescas ganancias que dejaba el petróleo y que no derramaban hacia los sectores populares. Revisando los papeles de aquella época encuentro que un porcentaje muy alto de la población vivía en la pobreza.

En ese entonces muy pocos periodistas habían llegado a Caracas para cubrir las elecciones porque Venezuela no "figuraba" en el escenario internacional, salvo por el petróleo y la revuelta popular de 1989 conocida como "Caracazo" que había dejado más de 3 mil muertos por la represión dirigida por el presidente "adeco" Carlos Andrés Pérez.

Casi veinte años después Venezuela ocupa espacios rutilantes en muchos de los periódicos más importantes del planeta; Estados Unidos sanciona a su presidente y a varios ministros, y varios gobiernos de América emiten comunicados con regularidad para referirse a la situación interna del país, como sucedió el pasado 31 de julio con la elección a una Asamblea Nacional Constituyente.

Las profundas transformaciones sociales impulsadas por el "Huracán Chávez" -y su rechazo- han colocado a Venezuela en el centro de la política internacional, hasta tal punto, que pareciera que todo el mundo estuviera obligado a opinar sobre lo que hacen o dejan de hacer los venezolanos. Es así que la "legalidad" de esta elección fue tema de debate en más de una tertulia televisiva, incluso por gente que ni siquiera se enteró del comunicado del Consejo de Expertos Electorales de América Latina que elogió el proceso electoral.

La situación política cambiante día a día está atravesada por dos aspectos que se complementan. Por un lado, existe una puja de poderes a nivel institucional entre el Poder Ejecutivo (en un país con fuerte tradición presidencialista) y el Poder Legislativo, en manos de la oposición desde diciembre 2015. Este hecho de por sí no es novedoso ya que existe en numerosos países, incluido los Estados Unidos. Lo diferente en este caso es que la oposición, desde el momento en que obtuvo la mayoría parlamentaria, manifestó su intención de destituir al presidente Nicolás Maduro, electo en abril de 2013. En su discurso de asunción como presidente de la Asamblea Nacional el "adeco" Henry Ramos Allup dijo que en seis meses terminarían con el gobierno de Maduro.

Para lograr dicho objetivo no sólo intentaron utilizar los mecanismos institucionales -que fueron resistidos por el Poder Ejecutivo- sino que apelaron a movilizaciones callejeras para acelerar la caída del presidente, convencidos de que la derrota del chavismo en las elecciones de 2015 implicaba que había entrado en

su fase terminal. Por esta razón en varias oportunidades durante 2016 convocaron literalmente a la "toma de Caracas", la "toma de Venezuela" y la "toma de Miraflores", el palacio de gobierno.

Sin embargo, el Poder Ejecutivo respondió desde lo institucional desautorizando a la Asamblea Nacional, quitándole todos los atributos legislativos apelando a mecanismos legales, vaciándola de contenido. Por otra parte, resistió la ofensiva destituyente en las calles con gigantescas movilizaciones propias, fruto de un verdadero apoyo popular de aquellos marginados durante la Cuarta República y principales beneficiados de la inclusión social, bandera fundamental del chavismo.

La ciudad de Caracas se extiende a lo largo entre diferentes cerros y la división geográfica Este-Oeste se convirtió también en esta coyuntura política en una división político-territorial. En el Oeste, donde se encuentra el centro histórico, los principales edificios públicos y los ministerios -además de la sede del gobierno, el Palacio Miraflores- se convirtió en un bastión del chavismo al que las fuerzas

*Los que se movilaron
no le dieron un cheque
en blanco a Maduro,
quieren la paz, están
cansados de las muertes,
de todas las muertes.*

públicas nunca dejaron que se acercaran las movilizaciones opositoras para evitar un enfrentamiento a gran escala.

El Este y sus zonas de clase media y alta es el corazón político-social de la oposición, donde concentran su poder, aunque esto no excluye que sectores populares apoyen también a la oposición. En el Este se hacen fuertes, cortan las autopistas, levantan barricadas y ocurren los principales enfrentamientos con la policía en los últimos cuatro meses. Este control territorial les permitió impedir que se abrieran numerosos centros de votación el 31 de julio en el Este de la ciudad.

Sólo en este contexto se puede entender que coexistan "dos mundos" paralelos en una misma ciudad. Las imágenes incendiarias que provienen del Este remiten a un escenario de guerra civil con heridos y muertos. Por el contrario, si uno recorre el Oeste encuentra las calles abarrotadas de gente, restaurantes repletos y bullicio como en cualquier otra capital latinoamericana. En este escenario surrealista -que existe en otras ciudades del país- se realizaron los comicios a la Asamblea Constituyente el domingo 31 de julio que la oposición llamó a sabotear.

No es el primer caso de partidos políticos

que, por diversos motivos llaman a votar en blanco, nulo o incluso a abstenerse; pero es muy poco común que partidos políticos legales convoquen a sabotear directamente un proceso electoral impidiendo que se abran los recintos electorales. Por este motivo se habilitó en Caracas un espacio alternativo en un estadio cerrado para que fueran a votar aquellos que no podían hacerlo en sus lugares de residencia. Para sorpresa de propios y ajenos, y como pudo testimoniar NODAL, miles de personas hicieron el esfuerzo de ir a votar en un país donde el voto no es obligatorio.

Según el Consejo Nacional Electoral, el mismo que difundió los datos de la aplastante derrota del chavismo a las legislativas de diciembre de 2015, votaron más de 8 millones de venezolanos, un 41% del padrón electoral. Tomando en cuenta las diferentes votaciones desde que Chávez asumió en 1999 se puede decir que los 5 millones y medio de votos que obtuvo el chavismo en 2015 representan un piso de voto popular que ha logrado consolidar a lo largo de los años. La gran pregunta es cómo logró el chavismo recuperar los votos perdidos en la elección de 2015 cuando fue duramente castigado.

Seguramente la respuesta no proviene de una sola variable, pero la palabra "paz" apareció en innumerables testimonios en todo el país. Los que se movilaron no lo hicieron para otorgarle un cheque en blanco al presidente Maduro, quieren la paz, están cansados de la violencia y de las muertes, de todas las muertes. Como en cualquier lugar de profundo y continuo conflicto social con altos niveles de violencia la paz se convierte en una aspiración fundamental y en este caso muchos consideraron que la votación por una Asamblea Nacional Constituyente era un voto plebiscitario por la paz.

Las denuncias de fraude electoral por parte de la oposición no asombran porque es consecuente, lo hizo cada vez que perdió frente al chavismo. La diferencia en esta ocasión es que la oposición recibe un fuerte apoyo explícito de Estados Unidos, la Unión Europea y varios gobiernos latinoamericanos -muestra cabal del cambio de relación de fuerzas regional- y del secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA) -el uruguayo Luis Almagro- que fue al Senado de los Estados Unidos a pedir abiertamente sanciones contra Venezuela.

Si la Asamblea Constituyente logra bajar la tensión actual y se realizan elecciones regionales con participación de algunos partidos opositores habrá logrado su cometido de "reconciliación" con amplios sectores desencantados del chavismo que piden la paz, aunque la reforma constitucional enunciada pueda resultar confusa e incierta. En este caso es posible que logre marginar a los sectores radicales de la oposición que alientan una "insurrección total" y tocan las puertas de los cuarteles para que los militares den un golpe de Estado, como ya lo hicieron en abril de 2002.

El chavismo desde 1999 está intentando desmontar el Estado que manejaron los sectores más poderosos durante décadas. Muchos de éstos están empeñados en impedirlo a cualquier precio, aunque provoque una guerra civil. ♦

Los Estados Unidos tienen diferentes cartas en simultáneo sobre la mesa. Apuestan a una o a la otra según cómo evolucione el escenario, en función del resultado de las que están en juego. No descartan ninguna, aun la que podría parecer más lejana: la intervención militar. El mismo Donald Trump se encargó de anunciarlo, de cargar el arma en vivo y en directo para el mundo. La pregunta sería, ¿por qué en este momento del conflicto?

Las elecciones del 30 de julio fueron un golpe directo hacia el proceso de acumulación insurreccional que sostenía la derecha. Se trató de un reempate del chavismo, un retorno a la iniciativa, como un boxeador que salió de las cuerdas con un cross y volvió a estabilizar

Se multiplicaron los videos de grupos armados que anunciaron estar listos para confrontar militarmente.

la pelea. Con una ventaja evidente a estas horas: la subjetividad. El que sentía que iba a ganar quedó descolocado, desmoralizado. Pensaban -al menos su base social- que estaban por tomar el poder, en un despliegue que no parecía tener límite, y en menos de dos semanas perdieron calle, iniciativa, discurso, épica, y los dirigentes de la Mesa de la Unidad Democrática (MUD) pasaron a ser acusados de traidores y cobardes.

La conclusión del resultado es que la derecha no tiene correlación de fuerzas -ni parece en condición de construirla- dentro de Venezuela para sacar al gobierno por la fuerza. Peor aún: lo que anunciaban como una victoria segura en cualquier escenario electoral tampoco lo es. Resulta difícil saber quiénes ganarán las elecciones a gobernadores que tendrán lugar en octubre. Los cantos de triunfo que ya anunciaba la derecha no son tales. La derrota tiene efecto dominó.

Con ese escenario, comenzaron a moverse las otras cartas, previstas con anterioridad. Por un lado, y siempre como transversal y permanente, la económica: los ataques se agudizaron sobre la moneda y los precios. Por otro lado, de manera pública, los anuncios de participación electoral: casi toda la oposición terminó por inscribir sus candidaturas. Y por fin, tanto una carta de violencia subterránea, como la internacional, ligada a la anterior,

¿Cómo sería una intervención militar de EE UU en Venezuela?

A las actuales sanciones económicas y guerra diplomática se sumarían ataques desde países vecinos y el desarrollo de un brazo armado local, con el apoyo de Washington.



FOTOPUBLICAS.COM

la económica y la diplomática. Una palabra resume la estrategia: integralidad.

La carta subterránea

Está en construcción, todavía -al parecer- en estado de germinación, un brazo armado de la derecha. Se lo ha visto actuar desde el inicio de la escalada en el mes de abril. Por un lado, las acciones paramilitares en varios lugares del país, con ataques a cuarteles militares, comisarías, cuerpos de seguridad del Estado, controles de territorios, comercio y transporte. Por otro, y conectados, el desarrollo de grupos de choque que, en el transcurso de los meses, por ejemplo en Caracas, tuvieron una transformación de la estética, los métodos, la organización y la capacidad. Entre los primeros encapuchados de principios de abril y los "escuderos" de junio/julio tuvo

lugar una evolución. ¿Dónde están esos grupos ahora que las calles están tranquilas?

A su vez se han multiplicado los videos en las redes de grupos armados que, con capuchas, armas largas y estética paramilitar, han anunciado estar preparados para confrontar militarmente. Sus objetivos son, repiten, tanto el gobierno como las organizaciones del chavismo.

Junto con eso han intentado crear héroes: el primero, Oscar Pérez, quien lanzó las granadas sobre el Tribunal Supremo de Justicia, y luego apareció entrevistado en pantallas. El segundo, Juan Caguaripano, quien se atribuyó la dirección del asalto al cuartel de Fuerte Paramacay donde fueron robadas más de cien armas y resultó detenido el viernes por la noche.

El objetivo parecería ser la creación de mitos, figuras que puedan

transformarse en aglutinadoras, referentes de una estrategia de la derecha que no tiene dirigencia visible. Por debajo de la mesa sí tienen dirigentes: sectores norteamericanos, los mismos que desplegaron la escalada insurreccional, que ordenan las cartas. Y, de manera subordinada, la derecha venezolana, como Voluntad Popular.

Esa fuerza parece en proceso de desarrollo. Ha realizado ensayos, entrenamientos. Intenta emerger, estructurarse y consolidarse, ahora que la pérdida de calle de la derecha es inocultable.

La carta internacional

Es la que más fuerza ha tomado luego del 30 de julio. Los Estados Unidos han desplegado un abanico de medidas contra Venezuela, desde sanciones económicas, bloqueos financieros, intentos de cercos y

aislamientos diplomáticos, hasta el reciente anuncio de la posibilidad de la intervención militar. La iniciativa en manos del frente internacional evidencia la dependencia e incapacidad de la oposición a nivel nacional. Allí, como en la estrategia general, manejan todas las cartas en simultáneo. Miden, preparan, evalúan las posibilidades para los discursos: las condiciones en el continente no son las mismas que en Medio Oriente, en términos militares, diplomáticos, políticos. Tampoco lo son en la geopolítica global.

Así el vice presidente de los Estados Unidos, Mike Pence, en la rueda de prensa del domingo, luego de reunirse con el presidente de Colombia, Juan Manuel Santos, afirmó que las sanciones contra Venezuela serán económicas y diplomáticas. Descartó públicamente la posible intervención militar que había sido anunciada por Trump. Podría ex-

El rol de EE UU es claro: desplegar una fuerza que la derecha venezolana no tiene a nivel nacional.

plicarse por el rechazo manifestado por Santos -aliado clave en el conflicto contra Venezuela- hacia una salida militar, por evaluar que no existe consenso en América Latina para plantear una evidencia frontal imperialista desaparecida desde hace años. Y porque para intervenir militarmente no es necesario anunciar que se lo hará -ya lo hacen, de hecho, a través del diseño de acciones y financiamiento, directo o indirecto, de los grupos armados-.

Para prever la hipótesis de la intervención militar resulta necesario quitarse la imagen de un desembarco de soldados mascando chicle, con el escudo norteamericano en la frente. No regalarán la evidencia

de la acción: así ha sido planteada esta guerra en cada uno de sus frentes. Parece más certero buscar en formas subterráneas, acciones desencadenantes como excusas, ataques desde otras fronteras con Venezuela, con otras identidades. Ahí entra por ejemplo la conexión con el intento de desarrollo de un brazo armado que podría tomar nombre, dirigencia pública, y desplegarse con poder de fuego en algunas zonas. La táctica iría en función del desarrollo de esa estructura, su capacidad o no de avanzar y construir poder. Por ahora es incipiente.

Todas las cartas están sobre la mesa. El curso de los acontecimientos indicará cuáles tomarán más peso y cuáles serán descartadas. La decisión y el rol de los Estados Unidos es clara, ponen tiempos, tácticas, despliegan una fuerza que la derecha no tiene a nivel nacional.

Las elecciones de octubre serán clave: un buen resultado del chavismo le quitaría peso al sector de la derecha venezolana que apuesta por una resolución electoral. Reforzaría la tesis de que solo se puede sacar al chavismo del gobierno por la fuerza, a través de un brazo armado, articulado con una intervención mayor proveniente de otra frontera, como la de Colombia o Brasil.

Lo que está en juego es inmenso. La apuesta norteamericana parece proporcional a eso. ♦

* Marco Teruggi nació en París en 1984. En 2003 llegó a la Argentina, a La Plata, de donde es su familia. Allí militó en la Asociación Anahí, en HJOS y en el Frente Popular Darío Santillán. Estudió sociología, carrera en la cual se licenció en 2013. Desde comienzos de ese año vive en Caracas, donde trabaja como cronista y periodista. En 2012 publicó su primer poemario Siempre regreso al pie del árbol (El Colectivo), y en 2014 Días fundados (coeditado por Puño y Letra y El Perro y la Rana de Venezuela), forma parte de la antología de poesía La Plata spoon river (Libros de la Talita Dorada), y Crónicas de comunas, donde Chávez vive (La Estrella Roja, Venezuela). Colabora actualmente en la revista Sudestada y los portales Notas, Contrahegemonía, Resumen Latinoamericano y Cultura Nuestra.

La pesadilla del racismo

Por Matías Morales
Desde Nueva York

"Hacer grande a Estados Unidos de nuevo" fue un exitoso lema de campaña, cuya indefinición remitía a los ciudadanos a un estado ideal del pasado. Cada uno se imaginaba momentos históricos diferentes, y muchos pensaron en períodos previos a la Proclamación de Emancipación, o al reconocimiento de los derechos civiles de las minorías. Es interesante ver el modelo de país que toman los norteamericanos, como una muestra de hasta qué punto la segregación es un aspecto social superado. El pasado racista de los estados del sur está arraigado en la idiosincrasia contemporánea hasta conformar la identidad regional, y sus luchas de antaño son reivindicadas en la actualidad por los sectores rurales más conservadores. Sin embargo, los supremacistas optaban por autocensurar sus prejuicios públicamente, caminar a la sombra y hablar por lo bajo, hasta que sintieron que su momento había llegado. Reconocieron en las palabras que Donald Trump pronunció contra los mexicanos y musulmanes, la misma animadversión que antes acaparaban los afroamericanos y los judíos; sintieron que la "pureza racial" había tomado la forma de "nacionalismo cultural". Como sea, la fascinación fue inmediata.

Si bien desde 1999, las organizaciones radicales vienen creciendo de forma casi constante, los grupos de la extrema derecha se propagaron por todo el país desde el comienzo de la campaña presidencial: en los últimos tres años aumentaron un 17%, mientras que los anti-musulmanes se triplicaron en el 2016. No obstante, lo que más preocupa al resto de la sociedad, es que encontraron la forma de unirse por una causa común: la oposición a la remoción de los símbolos confederados. En esta lucha, también encontraron el apoyo del mandatario, que aseguró que sentía tristeza por ver cómo la historia

era destruida con la eliminación de hermosas estatuas. Del otro lado, el gobernador de Maryland, Larry Hogan, respondía que "ha llegado el momento de distinguir entre el reconocimiento del pasado, y glorificar sus capítulos más oscuros". De esta manera, la sociedad se polarizó todavía más ante una problemática eventual, pero con raíces muy profundas. Esa fue la motivación para que la Alt-Right, el Ku Kux Klan y los neonazis, se convocaran en Charlottesville, Virginia, y se enfrentaran con agrupaciones liberales como Black Lives Matter, organizados por la necesidad de luchar contra el racismo institucional y la brutalidad de las fuerzas de seguridad.

Trump condenó la violencia dividiendo la responsabilidad de los hechos, tildando de extremistas de izquierda a quienes participaron de la contramarcha, y declarando que entre los miembros de la derecha radical "había buenas personas". La indignación por el nuevo guiño a los supremacistas generó una oposición transversal, y terminó acelerando el proceso de remoción de los monumentos: en Carolina del Norte, una estatua fue derribada por manifestantes, la administración de Maryland hizo lo propio con otras tres, y en Nueva York y Kentucky se iniciaron los trámites para seguir sus pasos. Estas iniciativas aumentaron la conflictividad, de la misma forma en que lo hizo el presidente, al perdonar al ex alguacil Joseph Arpaio, condenado por utilizar perfiles raciales para detectar indocumentados. La sociedad ya no se engaña con la aparente homogeneidad regional, y se le hace imposible seguir disimulando la polarización nacional, producto de la tensión histórica entre dos modelos opuestos. Desde que un sector de Estados Unidos le perdió el miedo a la incorrección política, el enfrentamiento pospuesto por tanto tiempo se hace inevitable, y el descontento crece al tiempo que la evolución cíclica revive los momentos más difíciles del país.